



ETXEBERRIA, Hasier

Cinco escritores. Entrevistas de Hasier Etxebarria

Irún : Alberdania, 2002. – 390 p. : il. ; 21 cm. – 84-95589-57-5

En el siglo IV antes de Cristo, Platón veía con recelo la irrupción de la escritura en los procesos claves de una sociedad que, como la griega de entonces, era casi exclusivamente oral. En ese sentido, puede considerarse a Platón como precursor de la corriente oralista¹, que, a lo largo del siglo XX de nuestra era, se ha ocupado en señalar las radicales diferencias gnoseológicas existentes entre la mentalidad oral y la escrita. Emilio Lledó a dedicado un hermoso libro a comentar el pasaje del Fedro en que, a modo de mito, Platón da cuenta de las nefastas consecuencias que, a su parecer, se derivan de la hegemonía de la escritura, pasaje que aún hoy conserva una actualidad y vigencia tan inauditas como admirables.

Entre los muchos aspectos reseñables, destacaré aquí sólo uno, el que se refiere a la pérdida de interactividad que la escritura conlleva, aunque, por supuesto, Platón no utiliza el término “interactividad”. El pensamiento, como el habla, son eminentemente dinámicos, dialécticos. Por el contrario, en la escritura se pierde ese dinamismo, el diálogo se convierte en monólogo, y el pensamiento languidece. Así las cosas, no es de extrañar que el grueso de la obra platónica esté expresada por medio del diálogo entre personajes, pues el diálogo es, para Platón, la única manera de que la viveza del pensamiento forjado en la oralidad no se ahogue del todo en el escrito.

Han pasado muchos siglos desde la época de Platón hasta la nuestra, aunque, según algunos expertos, el paralelismo entre una y otra es evidente. Según Simone², por ejemplo, la confluencia de los avances telemáticos y los nuevos medios de comunicación configuran, durante las dos últimas décadas del siglo XX, una nueva fase del conocimiento humano, produciendo un cambio radical parangonable sólo al sufrido en el tránsito de la oralidad a la escritura.

1. Me refiero en general a toda la investigación generada a partir de los estudios homéricos de Milman Parry (1930), entre los que destacan los siguientes nombres: Notopoulos, Albert Lord, Adam Parry, Havelock, Walter J. Ong, Mac Luhan, Zumthor, Ruth Finnegan y John Foley. Si bien estos investigadores utilizan enfoques y metodologías diferentes, no parece descabellado referirse a ellos como “corriente oralista”, dado que comparten al menos la creencia de que oralidad y escritura son mucho más que dos formas diferentes de expresión, pues conforman cada uno su propia mentalidad y determinan las formas de conocimiento de la realidad.

2. SIMONE, Raffaele (2001), *La tercera fase. Formas de saber que estamos perdiendo*, Madrid, Taurus. Dos obras imprescindibles sobre la cuestión son: CRYSTAL, David (2001), *Language and the Internet*, Cambridge, University Press; y SCHEUNEMANN, Dietrich (ed.) (1996), *Orality, Literacy and Modern Media*, Columbia, Camdem House INC.

Quizá pueda parecer exagerado afirmar que la entrevista periodística es algo así como la versión actual de los diálogos platónicos. El caso es que la entrevista es uno de los géneros periodísticos más utilizado en nuestros días, tanto en los medios audiovisuales como en los impresos, sin olvidarnos de ese nuevo tipo de diálogo, escrito en la forma pero oral en el molde, que es el *chat*.

Con todo, mucho me temo que la entrevista, además de ser uno de los géneros más utilizados, es también uno de los peor utilizados. La entrevista se usa por su comodidad, no por la potencialidad que como género tiene. De hecho, la mayor parte de las entrevistas que se publican terminan en el punto en que debieran comenzar. Se localiza al protagonista del día (o del momento), se concierta la cita, y se graba la entrevista. En ella, se pregunta al protagonista por sus méritos, cosa que, en buena lógica, el entrevistador debería conocer de antemano. Pero resulta que el afán desmedido de puntualidad que reina en nuestra sociedad no permite al periodista tomarse el tiempo necesario para, en su caso, leer el libro o escuchar el disco correspondiente. La entrevista con el escritor o cantante ha de versar pues sobre aspectos meramente anecdóticos del producto que en teoría ha originado la entrevista. Realizada ésta, el libro o el disco dejan de ser noticia. Los cinco minutos de fama de que hablaba MacLuhan no son posponibles: han de disfrutarse cuando toca.

En ese sentido, el libro de Hasier Etxebarria, además de una excepción, es también una demostración palpable de que la entrevista, cuando se hace como es debido, puede ser un método de conocimiento tan valioso como el que más. Pero para eso, para que la entrevista desarrolle toda su potencialidad, es preciso un largo período de elaboración previa.

Hasier Etxebarria parte del conocimiento profundo de los personajes que entrevista y de su respectiva obra literaria. El primer fruto de ese conocimiento es la elección misma de los entrevistados, elección hecha sin complejo alguno, sin atender a cupos de ningún tipo: Bernardo Atxaga, Koldo Izagirre, Anjel Lertxundi, Ramón Saizarbitoria y Joseba Sarrionandia. Los cinco escritores son varones; cuatro de ellos son guipuzcoanos, y el quinto vizcaíno. Considerada desde cualquier otro ángulo, la elección podría tildarse de desequilibrada, pero desde el punto de vista literario, que es el del autor, difícilmente puede ponerse algún reparo. La condición de escritor es, en el caso del euskara, ciertamente etérea, pero los cinco escritores elegidos poseen una obra de tal calado, y el reconocimiento social es unánime. Es verdad que la nómina podría ampliarse, pero creo que ya es hora de aceptar que la subjetividad es, en cuestiones literarias, inevitable. Por otra parte, la subjetividad no está reñida con el carácter científico de la crítica literaria (y el libro que estamos reseñando es también, a su modo, un libro de crítica literaria), siempre y cuando el crítico revele a las claras su posicionamiento de partida, cosa que por desgracia no ocurre con frecuencia, ni en euskara ni en castellano, pero que Hasier Etxebarria hace con todo tipo de detalle.

En cuanto al contenido, resulta imposible abordar aquí una por una las cinco entrevistas, por lo que me centraré en lo que de común tienen todas ellas. En primer lugar, es de reseñar el método utilizado por Etxebarria para confeccionar el libro. El proceso comienza, en los cinco casos, con un largo cuestionario, en el que se perfila un itinerario rigurosamente diseñado, en el que la obra literaria da pie a consideraciones literarias más generales, hasta entroncar con los más diversos aspectos de las políticas culturales y de la política en general, sin eludir la llamada cuestión vasca. Se ofrece así en cada caso la cosmovisión de cada escritor, huyendo de los enfoques meramente textuales o literarios. Diría pues que el Etxebarria periodista (en el buen sentido de la palabra) impone sus límites al Etxebarria escritor, que sin duda hubiera preferido una entrevista

más literaria. En cualquier caso, ambas facetas se complementan, y me parece innegable que el producto final es una excelente obra de etnografía cultural vasca.

Con el cuestionario como guión básico, el autor realizó, grabándola en vídeo, una larga entrevista con cada escritor, salvo en el caso de Sarrionandia, cuya entrevista se realizó, por razones obvias, por escrito. Tras la transcripción de las entrevistas, cada escritor tuvo ocasión de revisar el borrador, matizándolo o añadiendo algún aspecto. Etxeberria ofreció también a cada escritor la posibilidad de conocer las respuestas de los demás, con lo que la obra no se reduce a cinco entrevistas aisladas, sino que es también un diálogo horizontal entre los cinco entrevistados.

Las entrevistas se realizaron en euskara, y el libro que estamos comentando es traducción del original, editado unos meses antes por la misma editorial, Alberdania. Y llegados a este punto, no puedo dejar de mencionar el distinto comportamiento de ambas versiones en el mercado. La versión en euskara fue un éxito, siempre dentro de los parámetros de un mercado como el de la publicación en euskara. La versión castellana, en cambio, y a pesar de la presencia de Atxaga, ha pasado con más pena que gloria por las librerías y los medios de comunicación.

Lo cual no deja de ser paradójico, porque, en principio, me parece que el libro es más útil y necesario en castellano que en euskara. La mala acogida de la versión castellana tiene dos vertientes. Una es la de los no vasco-hablantes del propio País Vasco. ¿A qué se debe el hecho de que un libro imprescindible para entender el universo del idioma oficial que desconocen haya tenido tan tibia acogida? No lo sé, pero tampoco me parece cuestión de buscar responsabilidades particulares. Algo falla en las políticas culturales de este país, algo estamos haciendo mal en la promoción de nuestros productos culturales, que, por otro lado, en nada desmerecen a los de los idiomas vecinos. Y, tal vez, algo estamos haciendo mal en lo que respecta a la política en general, porque no sería de extrañar que la disfunción que estamos señalando se debiera en parte a esa nefasta identificación entre el euskara y una determinada ideología, identificación que se produce tanto por la pretensión de unos de adjudicarse en exclusiva el euskara, como por la dejación, sospecho que gozosa, por parte de los otros de todo lo relacionado con nuestro idioma.

Los efectos nocivos de esa identificación se agudizan sobremanera si consideramos el mercado español, en el que la antipatía hacia los productos culturales vascos es evidente. Y no se trata de una antipatía espontánea, sino de una antipatía creada y sostenida por los medios de comunicación. Aparte del escandaloso reduccionismo en blanco y negro que los grandes medios estatales practican en todo lo referente a la cuestión vasca, no puede dejar de mencionarse el ninguneo específico a que someten los programas y suplementos literarios más influyentes someten a las literaturas periféricas en general y a la vasca en particular. El libro de Hasier Etxeberria, por desgracia, es un buen ejemplo de lo que acabo de exponer.

En esta cultura-klinex de usar y tirar, es poco menos que imposible que un libro tenga una segunda oportunidad. Y sin embargo, tengo claro que la difusión –y, sobre todo, la lectura– masiva del libro de Hasier Etxeberria, aparte de proporcionar un placer literario a los lectores, contribuiría a tomar conciencia de que la realidad cultural vasca es mucho más rica y variada que lo que la crónica en blanco y negro de los medios comunicación pretender hacer creer.

Joxerra Garzia Garmendia